

PERSONAJES

CAYO MARCIO CORIOLANO, romano noble.
TITO LARCIO,
COMINIO, } generales contra los volscos.
MENENIO AGRIPA, amigo de Coriolano.
SICINIO VELUTO, } tribunos del pueblo.
JUNIO BRUTO, }
MARCIO EL JOVEN, hijo de Coriolano.
UN HERALDO ROMANO.
TULO AUFIDIO, general de los volscos.
UN TENIENTE de Aufidio.
CONSPIRADORES adictos á Aufidio.
UN CIUDADANO DE ANTIO.
DOS GUARDAS VOLSCOS.
VOLUMNIA, madre de Coriolano.
VIRGILIA, esposa de Coriolano.
VALERIA, amiga de Virgilia.
UNA DAMA del séquito de Virgilia.

Senadores romanos y volscos, patricios, ediles, lictores,
soldados, ciudadanos, mensajeros, esclavos de Aufidio
y demás séquito.

La escena en Roma, y en el país de los volscos y Antio.

ACTO PRIMERO

ESCENA I

Una calle de Roma

Entra un grupo de ciudadanos amotinados, con palos y otras armas.

CIUDADANO 1.^o—Antes de seguir más adelante, oíd lo que tengo que decir.

CIUDADANOS (*hablando á un tiempo*).—¡Hablad! ¡Hablad!

CIUDADANO 1.^o—¿Estáis resueltos todos á morir antes que sufrir el hambre?

TODOS.—¡Sí! ¡Sí!

CIUDADANO 1.^o—Pues bien; ya sabéis que Cayo Marcio es el enemigo capital del pueblo.

TODOS.—Lo sabemos. Lo sabemos.

CIUDADANO 1.^o—Matémosle y tendremos trigo al precio que queramos. ¿Está decidido?

CIUDADANOS.—No hay que hablar más. Manos á la obra, y en marcha.

CIUDADANO 2.^o—Buenos ciudadanos; una palabra...

CIUDADANO 1.º—Diríais mejor *pobres; buenos*, no lo son más que los patricios. Para aliviarnos de nuestra pobreza bastaría con las sobras de nuestros tiranos. Si quisieran cedernos lo superfluo, mientras es tiempo, podríamos aún agradecerse y atribuirlo á humanidad; pero incluso lo que les sobra les parece demasiado para nosotros. La escasez que nos aflige, la realidad de nuestra miseria, no hace más que lisonjearles, mostrándoles todo el precio de su opulencia. Venguémonos con nuestras lanzas, mientras nos quedan fuerzas para ello. Los dioses son testigos de que hablo así por hambre de pan y no por sed de venganza.

CIUDADANO 2.º—¿Procederíais especialmente contra Cayo Marcio?

CIUDADANOS.—Primero contra él. Es un perro de presa contra el pueblo.

CIUDADANO 2.º—Considerad cuantos servicios ha hecho á la patria.

CIUDADANO 1.º—Enhorabuena, y me alegraría de reconocerlo así; pero ya se desquitó con su orgullo.

CIUDADANO 2.º—Vaya, hablad sin odio.

CIUDADANO 1.º—Pues os aseguro que sólo con ese objeto realizó tales hazañas; y aunque algunos timoratos digan que lo hizo por la patria, lo cierto es que fué por complacer á su madre, y por desplegar ese orgullo que en verdad está ciertamente á la altura de sus merecimientos.

CIUDADANO 2.º—Atribuís á vicio lo que está en su naturaleza y que él no podría evitar aunque lo quisiera. En manera alguna podéis decir que sea codicioso.

CIUDADANO 1.º—Si no puedo decir eso, no por ello me faltaría de qué acusarlo. Faltas tiene y tan abundantes que sería cansado repetirlas (*aclamaciones dentro*). ¿Qué aclamaciones son esas? Los del otro lado se sublevan. ¿Qué hacemos charlando aquí? ¡Al Capitolio!

CIUDADANOS.—Vamos, vamos

CIUDADANO 1.º—Poco á poco. ¿Quién llega?

(*Entra Menenio Agripa.*)

CIUDADANO 2.º—El digno Menenio Agripa: este siempre ha amado al pueblo.

CIUDADANO 1.º—Es hombre muy honrado. ¡Ojalá los demás fuesen como él!



MENENIO.—¿De qué se trata, compatriotas míos? ¿Adónde váis armados de palos y mazas? ¿Qué ocurre? Os ruego que me lo digáis.

CIUDADANO 1.º—No ignora el Senado el asunto que nos ocupa; y quince días há tiene noticia de lo que nos proponemos hacer; pero ahora van á verlo realizado. Ellos dicen que los pretendientes pobres tienen, por lo común, buenos pulmones; es necesario que sepan que tienen también buenos brazos.

MENENIO.—¡Cómo! Amigos míos, honrados conciudadanos, ¿queríais arruinaros?

CIUDADANO 1.º—Es imposible, señor; puesto que ya lo estamos.

MENENIO.—Os aseguro, amigos, que los patricios cuidan con gran celo de vosotros. Si así os movéis

contra el Estado á causa de vuestras necesidades y sufrimientos durante la carestía, tanto valdría habéros las también con el cielo. El Estado romano seguirá su camino, destrozando diez mil frenos más poderosos que vuestra resistencia. Los dioses, no los patricios, envían la carestía; y por tanto las rodillas y no los brazos han de auxiliarnos. ¡Ay! que la calamidad os enagena y arrastra á mayores desgracias; difamáis á los que conducen el Estado, y mientras ellos cuidan de vosotros como padres, vosotros los maldecís como enemigos!

CIUDADANO 1.^o—¡Cuidar de nosotros como padres! ¡Vaya un chiste! Jamás lo han hecho. Nos dejan en el hambre mientras sus almacenes están repletos de granos; promulgan edictos sobre la usura para proteger á los usureros; derogan diariamente alguna ley establecida contra los ricos, y ponen en vigor los más tiránicos estatutos para oprimir y encadenar al pobre! Cuando no nos devoran las guerras, nos devoran ellos;... ese es el amor que nos profesan.

MENENIO.—O confesáis que en vuestro proceder interviene por mucho la maldad, ó habrá que atribuirlo á insensatez. Voy á referiros un bonito cuento que tal vez hayáis oído antes; pero como parece ahora muy oportuno, me arriesgaré á repetirlo una vez más.

CIUDADANO 1.^o—Está bien. Lo escucharemos; pero no penséis que vamos á olvidar nuestra desgracia por un cuento. Sin embargo, referidlo si os place.

MENENIO.—Sucedió un día que todos los miembros del cuerpo se rebelaron contra el estómago, y lo acusaban de este modo: que en medio del cuerpo permanecía inactivo y ocioso como un abismo, sin participar del trabajo de los demás miembros y atesorando el alimento: al paso que los otros veían, oían, discernían, instruían, se paseaban, sentían, y atendiendo al esfuerzo común proveían al apetito

é inclinaciones naturales de todo el cuerpo. El estómago respondió...

CIUDADANO 1.^o—Veamos su respuesta.

MENENIO.—Voy á ella. Con amarga y desdenosa sonrisa, contestó á los miembros descontentos, á las partes amotinadas que envidiaban su bienestar; ni más ni menos que vosotros cuando murmuráis de los senadores porque no son de la misma condición que vosotros.....

CIUDADANO 1.^o—¿Pero cuál fué la respuesta? ¡Veamos! Acaso la cabeza regiamente coronada, el ojo vigilante, el corazón que aconseja, el brazo, nuestro soldado, la pierna, nuestro corcel, la lengua, nuestro heraldo, y los otros auxiliares menores de nuestra estructura; acaso ellos.....

MENENIO.—¿Pero, qué? Este mozo se anticipa á hablar primero que yo. ¿Y bien? ¿Qué?

CIUDADANO 1.^o—¿Y... han de estar sujetos al estómago glotón que al fin no es más que el sumidero del cuerpo.

MENENIO.—Bien. ¿Y qué?

CIUDADANO 1.^o—¿Qué podía responder el estómago á las quejas de aquellas gentes?

MENENIO.—Ya os lo diré, si queréis acordarme un poco de paciencia, que, á la verdad, os falta.

CIUDADANO 1.^o—Mucho tiempo empleáis en ello.

MENENIO.—Observad, buen amigo, que el estómago era grave y sesudo, no precipitado y temerario como sus acusadores, y respondió así: «Verdad es que recibo al principio el alimento general del cual subsistís, y es conveniente que así sea, pues soy el almacén de depósito y el laboratorio de todo el cuerpo. Pero recordad que lo envío por los ríos de vuestra sangre al corazón y al asiento del cerebro; y á favor de los resortes y funciones del hombre, reciben de mí los nervios más poderosos y las más diminutas venas, la natural aptitud que los hace vivir. Y aunque todos á un tiempo,—voso-

»tros mis buenos amigos, fijaos en que es el estómago el que habla...—»

CIUDADANO 1.^o—Bien, seguid.

MENENIO.—«Y aunque todos á un tiempo no podéis mirar lo que entrego á cada uno por separado; sin embargo, puedo hacer valer mi argumento, pues todos recibís de mí la harina de todos y no me dejáis sino el desecho.» ¿Qué decís á esto?

CIUDADANO 1.^o—Buena respuesta; pero ¿qué aplicación...?

MENENIO.—Los senadores de Roma son el estómago, y vosotros los miembros, amotinados. Examinad su consejo y sus cuidados: digerid rectamente lo que concierne al bien común, y encontraréis que no recibís beneficio alguno que no proceda de ellos á vosotros, y en manera alguna de vosotros mismos. ¿Qué os parece? ¿Qué decís de esto, vos, dedo mayor del pié de esta asamblea?

CIUDADANO 1.^o—¿Por qué dedo mayor? ¿Por qué?

MENENIO.—Porque siendo el más bajo, el ínfimo, el más pobre de esta sapiéntísima rebelión, os adelantáis á todos los demás. Bribón, tú en quien corre la peor sangre, te pones á la cabeza para ganar alguna ventaja. Pero, disponed vuestros garrotes: Roma se apercibe á librar batalla á sus ratones; uno de los dos partidos tendrá de qué arrepentirse. ¡Salud, noble Marcio! *(Entra Cayo Marcio.)*

MARCIO.—Gracias. ¿Qué hay, facciosos bellacos, que rascando la miserable sarna de vuestra opinión os criáis costras?

CIUDADANO 2.^o—Siempre os debemos alguna palabra bondadosa.

MARCIO.—Quien gaste palabras bondadosas contigo, llevaría su adulación más abajo que el último límite del desprecio. ¿Qué pretendéis vosotros, perros, que no gustáis ni de la paz ni de la guerra? La una os asusta y la otra os infatúa. ¡Quién confiará en vosotros, si cuando os quieren leones os encuentran gallinas; y cuando zorros, gansos! Más

flacos sois que la brasa sobre el hielo ó el granizo bajo el sol. Vuestra virtud consiste en ensalzar á quien cayó bajo el peso del delito y que maldice por ello á la justicia. Odiáis á quien más vale; y vuestros afectos son como el apetito del enfermo que desea más lo que ha de agravar su dolencia. El que confía en vuestro favor, nada con plomos, y derriba robles á golpes de bejuco. ¡Mala peste con vosotros! ¿Confiar en vosotros? Cada minuto mudáis de parecer y aclamáis por noble al que odiábais un momento antes, y envilecéis al que era vuestro ídolo. ¿Qué ocurre ahora para que en diversos puntos de la ciudad gritéis contra el noble Senado que, con el favor de los dioses, os tiene en sujeción, sin la cual os devoraríais unos á otros? ¿Qué buscáis?

MENENIO.—Trigo al precio que ellos quieran, porque la ciudad, dicen ellos, está muy bien provista.

MARCIO.—¡Mal rayo los parta! ¿Eso dicen? Se la pasarán sentados al fuego y presumirán saber lo que ocurre en el Capitolio: quién se ha de elevar, quién prospera y quién declina: arreglarán facciones y celebrarán convenios á capricho, dando y quitando poder á los partidos, según les caigan ó no en gracia, bajo sus zapatos remendados. ¿Dicen que hay grano suficiente? Si la nobleza quisiera dejarse de compasiones y me permitiera servirme de mi espada, yo haría de todos ellos un montón tan alto como pudiera alcanzar con mi lanza.

MENENIO.—Paréceme que ha entrado ya en razón; á pesar de su fogosidad, vedlos discurrir por delante de nosotros tímidos y confusos. Pero, sepamos, qué dicen los otros.

MARCIO.—Se han dispersado. ¡Mal rayo! Decían que tenían hambre, y murmuraban mil refranes: que el hambre quebranta muros de piedra; que hasta los perros deben comer; que el pan se hizo para la boca; que no crece el maíz para los ricos solamente... Con estas sandeces se desahogaban en

quejas á las cuales se respondió haciéndoles una extraña concesión, capaz de quebrantar el corazón más generoso y hacer temblar el más firme poder. Entonces arrojaron en alto sus gorros como si quisieran colgarlos de los cuernos de la luna y prorrumplieron en aclamaciones.

MENENIO.—¿Y en qué consiste la concesión?

MARCIO.—Que elijan cinco tribunos para defender su baja política. Uno es Junio Bruto, otro es Sicinio Veluto, y no sé quiénes más. El Senado ha recibido con esto un golpe mortal. Antes hubieran arrasado la ciudad, que arrancarme esta victoria. Con el tiempo se sobrepondrán al poder, y darán á la insurrección mayores pretextos.

MENENIO.—¡Qué extraño es esto!

MARCIO.—Ea! ¡A vuestras casas, reptiles!

(*Entra un mensajero.*)

MENSAJERO.—¿Dónde está Cayo Marcio?

MARCIO.—Aquí. ¿Qué hay?

MENSAJERO.—Que los volscos se han alzado en armas.

MARCIO.—Me alegro. Así se purgará el Estado de sus humores. He aquí á nuestros mejores patricios. (Entran Cominio, Tito Larcio y otros senadores, Junio Bruto y Sicinio Veluto).

SENADOR 1.^o—Marcio: lo que nos dijisteis últimamente es verdad. Los volscos se han levantado en armas.

MARCIO.—Tienen un caudillo, Tulo Aufidio, que os dará qué hacer. Confieso mi flaqueza; le envidio, y á no ser quien soy, quisiera ser él.

COMINIO.—¿Habéis combatido juntos?

MARCIO.—Si el mundo estuviera dividido en dos partidos y Aufidio se encontrara en el mío, yo me rebelaría sólo por hacer la guerra contra él. Es un león al cual me enorgullezco de dar caza.

SENADOR 1.^o—Entonces, digno Marcio, cuidad de esta guerra junto con Cominio.

COMINIO.—Así lo prometisteis.

MARCIO.—Sí, y sabré cumplir mi palabra. Tito Larcio, me verás una vez todavía herir de frente á Tulo. ¡Qué! ¿Te heló la sangre la vejez? ¿Te separas?

TITO.—No, Cayo Marcio. Apoyado en una muleta combatiría con la otra, antes que contemplar ocioso esta guerra.

MENENIO.—¡Oh! Larcio, te reconozco en estas palabras.

SENADOR 1.^o—Acompañadnos al Capitolio, en donde sé que nos aguardan nuestros mayores amigos.

TITO.—Pasad delante. Seguid vos, Cominio, que nosotros debemos seguirlos. Digno sois de esta primacía.

COMINIO.—¡Noble Larcio!

SENADOR 1.^o—(*á los ciudadanos*).—Volved á vuestras casas. Marchaos.

MARCIO.—No: dejadles que nos sigan. Los volscos tienen trigo en abundancia y debéis llevar allí estas ratas para roer sus graneros. Respetables ciudadanos, ahora es ocasión de mostrar valor. Seguidnos. (Salen los senadores, Cominio, Marcio, Tito y Menenio.—La plebe se dispersa).

SICINIO.—¿Hase visto jamás hombre tan orgulloso como este Marcio?

BRUTO.—No tiene igual.

SICINIO.—Cuando se nos eligió tribunos del pueblo...

BRUTO.—¿Observásteis sus ojos y sus labios?

SICINIO.—No; pero sí sus sarcasmos.

BRUTO.—A los mismos dioses insultaría.

SICINIO.—Se mofaría de la modesta luna.

BRUTO.—Así se lo trague esta guerra. Se ha vuelto demasiado orgulloso.

SICINIO.—Semejante índole, excitada por el éxito, desdeña hasta la sombra del propio cuerpo; pero me admira que su insolencia se doblegue hasta aceptar un puesto á las órdenes de Cominio.

BRUTO.—La fama, á la cual aspira y de la que ya tiene mucha parte, no se puede conservar mejor ni obtener más completa, que ocupando el segundo lugar. Las adversidades se achacarán siempre al general en jefe, aunque éste haga cuanto es humanamente posible; y la mordaz censura gritará entonces: «¡Ah! si Marcio fuera el jefe!

SICINIO.—Y por otro lado, si todo va bien, la opinión que tanto favorece á Marcio, echará á Cominio la culpa de las faltas de aquél.

BRUTO.—Venid. La mitad de los honores de Cominio son para Marcio, aunque éste no los haya ganado; y sus faltas serán todas honores para Marcio aunque en realidad éste no haya merecido ninguno.

SICINIO.—Vámonos y oigamos en qué términos se resuelve el asunto; y con qué condiciones sale Marcio.

BRUTO.—Vamos.

(*Salen.*)

ESCENA II

En el Senado

Entran TULO AUFIDIO y algunos senadores.

SENADOR 1.^o—Según eso, vuestro parecer, Aufidio, es que los de Roma están instruídos de nuestros acuerdos, y saben lo que vamos á hacer.

AUFIDIO.—¿No os parece lo mismo? ¿Qué se ha proyectado jamás en nuestro Estado, que antes de ser puesto por obra no haya sido recelado y descubierta por Roma? No hace aún cuatro días cabales que tuve noticias de allí, y he aquí en qué términos... me parece que traigo conmigo la carta: sí, aquí está. (*Leyendo.*) «Han levantado fuerzas pero no se sabe si son para el Este ó para el Oeste. La carestía es grande y el pueblo se amotina. Dícese

»que Cominio, vuestro antiguo enemigo Cayo Marcio (á quien Roma detesta más que vos mismo), »y Tito Larcio, valerosísimo romano, son los que »dirigen estos preparativos. Lo más verosímil es »que sea contra vosotros. Vivid alerta.»

SENADOR 1.^o—Nuestro ejército está ya en campaña. Siempre creímos que Roma se aprestaría al combate.

AUFIDIO.—Ni os pareció prudente revelar vuestras grandes pretensiones hasta el momento en que fuese indispensable descubrirlas; pero parece que Roma las ha conocido desde el principio, con lo cual será irrealizable nuestro propósito de ganar muchas ciudades antes que Roma advirtiese nuestra actitud.

SENADOR 2.^o—Noble Aufidio, ocupad vuestro puesto y poneos á la cabeza de las tropas. Nosotros solos guardaremos á Coriolos. Si nos sitian, traeréis vuestro ejército á levantar el sitio. Pero, á mi juicio, no les hallaréis dispuestos al combate.

AUFIDIO.—¡Ah! No lo dudéis un instante. Estoy bien informado. Ya algunas de sus fuerzas se han puesto en marcha y en dirección á nosotros. Dejo á vuestras señorías. Si Cayo Marcio y yo llegamos á encontrarnos, es cosa ya convenida entre los dos: combatiremos hasta que perezca uno ú otro.

TODOS.—¡Que los dioses os asistan!

AUFIDIO.—Ellos guarden á vuestras señorías.

SENADOR 1.^o, ID., 2.^o TODOS.—Adiós. Adiós. Adiós.

(*Salen.*)

ESCENA III

Roma.—Aposento en casa de Marcio

Entran VOLUMNIA y VIRGILIA, y se sientan á coser en banquillos bajos.

VOLUMNIA.—Os ruego, hija mía, que cantéis; ó al menos alegraos un poco. A ser mi esposo, no mi hijo, me regocijaría más su ausencia, que va á reportarle tanta gloria, que sus abrazos y ternezas. Cuando era aún delicado de cuerpo y mi único hijo y sus lozanos abriles cautivaban á su paso todas las miradas, su madre no habría vendido una sola hora de mirarlo, ni por todos los homenajes de un rey; pero no dejaba de considerar qué hechizos añadiría la gloria á su persona; sin la gloria, parecíame vana imagen, como las que adornan nuestros muros; hallé singular placer en impulsarle á todos los peligros que pudieran darle fama. Yo misma le envié á una cruel guerra, de la que volvió con la frente coronada de encina. Créeme, hija mía; no me alegró tanto cuando nació saber que era varón, como verle luego dar muestras de ser todo un hombre.

VIRGILIA.—Pero, ¿y si hubiese perecido en la empresa?

VOLUMNIA.—Hubiera adoptado por hijo su gloria, y su renombre ocuparía su lugar. Lo digo sinceramente. Si tuviera una docena de hijos—iguales todos en mi afecto, y ninguno menos amado que nuestro querido Marcio—preferiría que muriesen once por la patria, á ver uno de ellos en voluptuosa inacción. *(Entra una criada.)*

CRÍADA.—La señora Valeria.

VIRGILIA.—Os ruego que me permitáis retirarme.

VOLUMNIA.—No lo haréis, por cierto. Ya me parece oír hasta aquí el atambor de vuestro esposo: verlo

arrastrar á Aufidio por los cabellos: huir de él los volscos como de un oso los niños; y aun oírle exclamar: «¡Venid, cobardes! ¡Nacisteis en Roma pero fuisteis engendrados en el miedo!». Y enjugando con su mano cubierta de acero su ensangrentada frente, seguir avanzando como el segador que so pena de perder su salario, tiene que segarlo todo.

VIRGILIA.—¡Su ensangrentada frente! ¡Oh, Júpiter; que no corra sangre!

VOLUMNIA.—Quita allá, necia. Eso cumple mejor á un hombre que el dorar sus trofeos. Los pechos de Hécuba cuando amamantaban á Héctor, no eran tan hermosos como la frente de Héctor cuando en la lucha con los griegos se cubría de sangre. *(A la sirvienta.)* Decid á Valeria que estamos prontas á recibirla.

VIRGILIA.—¡Los cielos protejan á mi señor del sanguinario Aufidio!

VOLUMNIA.—El le hará humillar la frente, y asentará la planta sobre su cuello.

(Vuelve á entrar la sirvienta con Valeria y su criado.)

VALERIA.—Felices días á una y otra, mis amadas señoras.

VOLUMNIA.—¡Oh querida Valeria!

VIRGILIA.—Alégrome de ver á vuestra señoría.

VALERIA.—¿Cómo estáis? Ya veo que sois hacendosas. ¿Qué estabais cosiendo? ¡Lindo trabajo, á fe mía! ¿Cómo le va á vuestro hijito?

VIRGILIA.—Doy gracias á vuestra señoría; mi buena señora. Muy bien, por ahora.

VOLUMNIA.—Gusta mucho más de las espaldas y tambores que de las lecciones de su maestro.

VALERIA.—Hijo de su padre, por vida mía. Es lindísimo. Más de media hora estuve mirándole el miércoles. ¡Qué aspecto tan resuelto tiene! Le ví correr en pos de una mariposa dorada; y cuando la hubo atrapado, la soltó de nuevo; y eso repitió una vez y otras y muchas. Hubiérais visto cuando caía

por acaso, ó algo le estorbaba, ¡cómo apretaba los dientes! y ¡con qué furia acabó por destruirla!

VOLUMNIA.—Tiene las mismas propensiones de su padre.

VALERIA.—Sí, por cierto, tiene no sé qué de extraordinario.

VIRGILIA.—Muy travieso, señora.

VALERIA.—Vamos; dejad vuestra costura. Deseo que esta tarde estéis conmigo de huelga.

VIRGILIA.—Ah, no; lo que es yo, no saldré de casa.

VALERIA.—¿No saldréis?

VIRGILIA.—No, ciertamente; os ruego me excuséis. No pondré el pie fuera de casa hasta que mi señor haya vuelto de la guerra.

VALERIA.—Bah! Os atormentáis inútilmente con tal encierro. Deberíais venir y visitar á nuestra buena amiga enferma.

VIRGILIA.—Le deseo un pronto restablecimiento y la visito con mis oraciones; pero por ahora no iré allí.

VOLUMNIA.—¿Y podríais decirme por qué?

VIRGILIA.—No es por pereza ni por falta de afecto.

VALERIA.—Queréis ser una nueva Penélope; pero dicen que todo el lino que ella tejió durante la ausencia de Ulises, sólo sirvió para llenar de polilla á toda Itaca. Vamos. Quisiera que vuestra tela fuese tan sensible como vuestra mano, para que la dejaseis por compasión de punzarla con la aguja. Vamos, tenéis que venir con nosotras.

VIRGILIA.—No, mi buena señora. Perdonadme; pero no saldré.

VALERIA.—Formalmente, querida, venid y os daré excelentes nuevas de vuestro esposo.

VIRGILIA.—No puede haberlas todavía.

VALERIA.—Pues no chanco. Anoche se recibieron noticias de él.

VIRGILIA.—¿De veras?

VALERIA.—De veras. He aquí lo que oí decir á un senador. Los volscos han puesto en marcha un

ejército, contra el cual ha salido el general Cominio con una parte de nuestras fuerzas romanas. Vuestro señor y Tito Larcio han acampado á las puertas de su ciudad, con el objeto de acabar rápidamente la guerra. Lo que os refiero es verdad, os lo aseguro por mi honor. Con que, os suplico que vengáis con nosotras.

VIRGILIA.—Dignaos excusarme, buena señora. En adelante os complaceré en cuanto gustéis.

VALERIA.—Dejadla enbuenhora. En la disposición de ánimo en que se halla, no haría más que echar á perder nuestro buen humor.

VOLUMNIA.—Voy viendo que sí. Vamos, amada amiga. Os ruego, Virgilia, que depongáis vuestra gravedad y nos acompañéis.

VIRGILIA.—Ya os he dicho, señora, que no debo hacerlo. Deseo que os divirtáis.

VALERIA.—Bien. Entonces, adiós. *(Salen.)*

ESCENA IV

Delante de Coriolos

Entran con tambores y banderas, MARCIO, TITO LARCIO, oficiales y soldados. Hacia ellos un mensajero.

MARCIO.—Ahí vienen nuevas. Apuesto á que se han batido.

LARCIO.—Mi caballo contra el vuestro á que no.

MARCIO.—Convenido.

LARCIO.—Convenido.

MARCIO.—Dime, ¿se ha encontrado nuestro general con el enemigo?

MENENIO.—Están á la vista; pero no se han hablado aún.

LARCIO.—Pues entonces es mío el caballo.

MARCIO.—Ya os lo compraré.

LARCIO.—No; ni lo vendo ni lo doy. Pero quiero prestároslo por cincuenta años. Intimidá á la ciudad.

MARCIO.—¿A qué distancia están los ejércitos?

MENSAJERO.—A menos de milla y media.

MARCIO.—Así oiremos sus tambores, y ellos los nuestros. Y ahora, Marte, te ruego que nos concedas presteza en la acción; para que espada en mano marchemos en ayuda de nuestros amigos al campo de batalla. Ea! Toca tu trompeta. *(Toque de parlamento.—Entran en las murallas algunos senadores y otros.)* ¿Está Tulo Aufidio tras de vuestros muros?

SENADOR 1.º—No, ni hombre alguno que os tema menos que él, lo cual es menos que muy poco. Oíd! Nuestros tambores están convocando á los jóvenes. Romperemos nuestras puertas antes de consentir que vengan á golpear en ellas. Aunque parecen cerradas, no hemos hecho más que sujetarlas con junquillos, y se abrirán por sí solas. Oíd, allá á lo lejos. *(Se oye la alarma á distancia.)* Allí está Aufidio. Escuchad el destrozo que hace en vuestro despavorido ejército.

MARCIO.—¡Oh, ya han principiado!

LARCIO.—Su rumor nos servirá de guía. Ea, capitanes!

MARCIO.—No nos temen y salen de su ciudad. Cubrid ahora con los escudos vuestros pechos y luchad con corazón más templado que los escudos. Avanzad, bravo Tito. Nos menosprecian mucho más de lo que pensábamos, y esto me estremece de ira de lo que pensábamos, y esto me estremece de ira. Venid, compañeros. Si alguno retrocede, pensaré que es un volseo y le haré sentir mi acero.

(Alarma. Salen romanos y volscos luchando. Los romanos son rechazados á sus trincheras. Vuelve á entrar Marcio.)

MARCIO.—¡Caiga sobre vosotros toda la peste del Sud! ¡Oh vergüenza de Roma! Así os devoren y cubran de asquerosas pústulas, mil incurables en-

fermedades, y el contagio infeste el aire, y os convierta en objeto de horror aun antes de ser vistos. Almas de gansos en forma de hombres, ¿cómo habéis podido huir de esos esclavos que no podrían triunfar ni de una legión de pigmeos? Por Plutón y el infierno! Todos venís lastimados por las espaldas; enrojados por detrás y con las caras pálidas de espanto! Volved por vuestro honor y cargad al enemigo; ó por todos los rayos del cielo, que sin cuidarme de él haré la guerra contra vosotros. Tenedlo presente. ¡Ea! Venid! Si queréis aguardaros á pie firme, los haremos retroceder hasta que se refugien en las faldas de sus mujeres, así como ellos nos han seguido hasta nuestras trincheras. *(Otra alarma. Volscos y romanos vuelven á entrar y se renueva el combate. Los volscos se retiran á Coriolos y Marcio los sigue hasta las puertas.)* He ahí abiertas ahora las puertas. Este es el momento de probar que sois buenos auxiliares. La fortuna las abre para los que la siguen, no para los que huyen. Observad lo que hago, y haced como yo.

(Entra por la puerta, que se cierra tras de él.)

SOLDADO 1.º—¡Vaya una temeridad! No seré yo quien lo haga.

SOLDADO 2.º—Ni yo.

SOLDADO 3.º—Mira: lo han encerrado allí.

(La alarma continúa.—Entra Tito Larcio.)

LARCIO.—¿Qué es de Marcio?

TODOS.—Muerto, sin duda.

SOLDADO 1.º—Persiguiendo á los fugitivos entró junto con ellos, cuando de repente cerraron tras de él las puertas. Ahí está solo contra toda la ciudad.

LARCIO.—¡Oh noble corazón! Más valeroso en el ánimo que lo templado de tu acero, le pides lo imposible, y cuando él se plega tú permaneces en pie! Te han abandonado, Marcio! Un diamante, así fuera tan grande como tu cuerpo, no sería tan rica joya como tú. Eres un soldado tal como lo quería Catón; no solamente fiero y terrible en la lucha, sino que

con tu aspecto amenazador y con tu voz de trueno, hacías temblar á tus enemigos, como si el mundo tiritase de fiebre.

(Vuelve á entrar Marcio cubierto de sangre, asaltado por los enemigos).

SOLDADO 1.^o—¡Mirad, señor!

LARCIO.—¡Es Marcio! Volemos á rescatarle ó muramos con él!

(Luchan y entran todos en la ciudad).

ESCENA V

Una calle en la ciudad

Entran algunos romanos con despojos.

ROMANO 1.^o—Llevaré esto á Roma.

ROMANO 2.^o—Y yo esto.

ROMANO 3.^o—¡Maldición! Me pareció que esto era de plata.

(Continúa la alarma á lo lejos.—Entran Marcio y Tito Larcio, con un trompeta).

MARCIO.—Ved ahí á esos miserables, que no ponen otro precio á su honra que un maldito draema. Y aun no terminado el combate, se apresuran á empaquetar almohadillas, cucharas de plomo, ropas que el verdugo habría enterrado con los cuerpos que las llevaban. ¡Mal rayo los parta! Pero oíd. ¡Qué rumor en torno del general enemigo! Vamos á él. He ahí al hombre que mi alma detesta, Aufidio, rompiendo las filas de nuestros romanos. Conser vad, bravo Tito, las tropas suficientes para sostener la ciudad, mientras yo, seguido por los que tengan ánimo de hacerlo, me apresuro á auxiliar á Cominio.

LARCIO.—Digno señor, te estás desangrando. Tu ejercicio ha sido demasiado violento para que sea posible comenzarle de nuevo.

MARCIO.—No exageréis. Todavía no me he fatigado. Adiós. La sangre que veis en mí es poca; no hay peligro. Así me presentaré á Aufidio y lo combatiré.

LARCIO.—Pues quiera ahora la bella diosa Fortuna enamorarse de ti y desviar con sus encantos la espada de tus enemigos. Bravo caballero, que la prosperidad sea tu compañera!

MARCIO.—Y que no sea menos amiga tuya que de aquellos á quienes eleva más. Adiós. *(Sale Marcio.)*

LARCIO.—Vé, digno Marcio: haz sonar tu trompeta en la plaza del mercado; convoca allí á los oficiales de la ciudad para darles nuestras instrucciones. En marcha! *(Salen.)*

ESCENA VI

Cerca del campo de Cominio

Entra COMINIO con sus tropas, en retirada.

COMINIO.—Tomad aliento, amigos míos. Habéis combatido bien, y nos hemos retirado como romanos, ni temerariamente obstinados en el ataque, ni apocados y cobardes en la retirada. Creedme, amigos, seremos atacados de nuevo. Mientras combatíamos, hemos alcanzado á oír á intervalos las cargas de nuestros amigos. Que los dioses de Roma los conduzcan al éxito que anhelamos, para que unidas nuestras fuerzas les ofrezcamos con risueña faz el sacrificio de acción de gracias. *(Entra un mensajero.)* ¿Qué noticias traes?

MENSAJERO.—Los ciudadanos de Coriolos han salido y librado batalla á Larcio y á Marcio. Ví nuestras fuerzas obligadas á volver á sus atrincheramientos, y entonces vine.

COMINIO.—Aun cuando digas verdad, parece me tu